

ESTUDIOS

Apuntes de viaje por los Estados Unidos (1941)

Cosas dominicanas en Washington

EL dominicano que llegue al maravilloso Washington y quiera, tras las *saudades* del viaje, sentirse como en su propia Patria, que se encamine a nuestra hospitalaria Legación, a casa de los Pastoriza, de los Vega, de Minerva Bernardino.

Entre esas acogedoras residencias hay la de un americano, tan dominicano de sentimiento como cualquiera que haya nacido en Azua o en el Seybo: el Dr. John Thomas Vance. Armas de la época colonial de la Española; muebles de caoba, de Jarabacoa o de las Matas, decoran la casa. En la mesa, nuestros platos criollos, mientras Vance y su esposa, en deleitoso español-dominicano, los condimentan con refranes y recuerdos de nuestra tierra. En la biblioteca, libros dominicanos. Cuando Vance recorría las orillas del Sena, cuajadas de viejos libros de ocasión, no buscaba obras de su patria, sino libros de Santo Domingo. Allí están los más raros de nuestra bibliografía: desde Charlevoix hasta Sánchez Valverde. Al salir de la biblioteca, dice Vance: "Quiero conservar esos libros para cuando allá tengan Biblioteca Nacional". ¡He aquí un dominicano como pocos!

En el Departamento de Estado hay verdaderos conocedores de nuestra Patria, de sus tierras y de su historia. Basta mencionar a:

Sumner Welles, autor de una de las mejores obras de historia de Santo Domingo, *Noboth Vineyard*; a la admirable investigadora Irene Wright, a quien debemos el mejor estudio acerca de la frustrada invasión de Penn y Venables en 1655; a Charles Thomson, a Richard Pattee, a Willard Barber, que conocen y admiran a Santo Domingo, por sus paisajes, por sus monumentos y por su amor al progreso manifestado en la acción de su actual gobernante, a quien se debe el ingreso de la República, en la guerra, junto a los Estados Unidos, antes de que lo hicieran otros pueblos americanos.

Pero todavía hay muchas cosas dominicanas que admirar. Maravilla de Washington y del mundo es la Biblioteca del Congreso. Millones de libros y de periódicos, de manuscritos, de mapas y de planos. Allí están, custodiados por altos policías, los originales del Acta de Independencia de los Estados Unidos; la Carta Magna inglesa; el último folleto que acaba de salir de nuestra imprenta.

Entre los mil funcionarios y empleados de esta prodigiosa fuente de la sabiduría universal, están Hanke, Vance, Child, el Padre Rubio, la señorita Ker, ninguno ajeno a las cosas de nuestra Patria. Basta la señorita Ker para el lento y emocionado recorrido por la estupenda Biblioteca. Bella, sabia, inteligente, infatigable en la cortesía, se inicia el recorrido por los "barrios dominicanos" de esta gran ciudad del libro. Dos volúmenes, en resplandeciente encuadernación roja, son de los primeros en llamar la atención, como amigos que se adelantan a saludarnos: *Al amor del bohío*, de Ramón Emilio Jiménez. Allí mismo, un folleto, ¡*Alerta dominicanos!*, el primero publicado en Santiago de los Caballeros. Allí también todos nuestros historiadores, prosistas y poetas, malos y buenos, antiguos y modernos.

En la sección de mapas y planos hay centenares de la Isla: mapas de los tiempos coloniales; planos antiguos de diversos pueblos de la Española, entre los cuales principalmente atrae la atención un bello y curioso plano de Samaná, del *Puerto Napoleón* proyectado por el General Ferrand: las calles y avenidas muestran sus nombres: Avenida Napoleón, Avenida General Ferrand, Avenida de la Concordia. Admirando el bellissimo trazado de la ciudad, con sus parques y edificios públicos junto a la blanca línea del mar, y pensando en lo que es y ha sido Samaná, nos pareció lamentablemente prematura la batalla de Palo Hincado y el suicidio del progresista Luis Ferrand.

En la vasta Sección de Manuscritos hay también centenares de papeles dominicanos: de los tiempos de la Colonia; de la época de la Reconquista; de los días de Núñez de Cáceres y de los días de Duarte. Papeles de Bobadilla, de Santana; apasionante y abultado expediente acerca de la batalla naval de Tortuguero, en 1844. Ahí duermen, sueño de un siglo, la breve y animada relación del Almirante Cambiaso y testimonios de testigos oculares. Todo rigurosamente clasificado.

La Sección de Periódicos es un océano de papel impreso. En periódicos de los Estados Unidos, Cuba, México, Venezuela, Francia, hay dilatados ecos de la proclamación de la República y de nuestra guerra con Haití; en todos se habla en favor de la causa dominicana. Relaciones de batallas, intrigas políticas, noticias desconocidas acerca de la prisión de Duarte y de Juan Isidro Pérez, a quienes tildan siempre de furibundos enemigos de Francia. En fin, son tantas las cosas de nuestra Patria que atraen la atención en esta formidable Biblioteca, que es necesario verlas ligeramente, porque un año sería escaso si nos detuviésemos ante cada incitación.

No lejos de la Biblioteca del Congreso se alza imponente el bellísimo edificio de siete plantas de los Archivos Nacionales. Desde el severo despacho del Director Dr. Conner, hasta la majestuosa sala de exhibiciones de documentos, se nos van los días en la sabia y gentil compañía de Mr. Roscoe R. Hill, admirando minuciosamente, maravillados, el sorprendente funcionamiento del Archivo. Luego, a la Sección del Departamento de Estado, a ver rápidamente, durante una semana, los documentos dominicanos. ¡Qué preciosa fuente para nuestra historia! Desde antes de 1844 hasta nuestros días, los prolijos informes consulares y de los Agentes especiales llenan largos estantes de acero. Cartas de Santana, de Báez, de Caminero, de Luperón; periódicos y proclamas antiguas; todo está ahí, en 178 gruesos volúmenes. Entre esos documentos hay una carta, de 1850, del Arzobispo Dr. Portes, por medio de la cual, a nombre de la República, le obsequiaba a una iglesia de Washington que se construía entonces, el antiguo altar que existía, como último vestigio de su cristiano destino, en la vieja Casa de Jesuitas que es hoy Secretaría de Estado del Tesoro. ¿En qué iglesia de Washington estará esa reliquia?

En otra Sección del Archivo, la de Marina, está la vasta documentación relativa a la ocupación militar norteamericana: ¡70

pies cúbicos de documentos! Pasamos rápidamente por ahí, como pasaba el Dante por algunos parajes del Purgatorio.

Para el iberoamericano que llega a esta fantástica ciudad, una de las primeras visitas ha de ser a la Unión Panamericana. Allí está Mr. Rowe, símbolo del panamericanismo. Allí está, junto al patio tropical, como queriendo extenderse sobre árboles de nuestro suelo, la bandera cruzada. En la sala de exhibiciones, muestras de cuanto se produce en la República. Y más allá, el despacho de una dominicana, de Minerva Bernardino, una de las mujeres iberoamericanas que ocupan más alta posición en Washington. Aquí crece nuestro dominicanismo. En nuestro país se dice que somos ignorados. Pero la realidad es que ignoramos que nos conocen y nos estudian más de lo que imaginamos. Aquí se publican más libros que tratan de la Isla y hay más universitarios que estudian nuestra historia que en nuestro propio país.

También hay cosas dominicanas en el prodigioso *Smithsonian*. Desde la asombrosa estructura, huesos que parecen columnas, de la especie animal que existía hace miles de años, hasta el minúsculo insecto; desde la máquina de Fulton hasta el avión de Lindbergh, en cuyas alas vemos algo de nuestro cielo, se admira en las vastas salas del museo. En la Sección de Numismática están las viejas monedas de Santo Domingo en solemne reposo. En otras grandes salas, innumerables piezas de la arqueología y de la zoología quisqueyanas: hachas de piedra, ídolos, vasijas, representan los tiempos de Anacaona, mientras en la impresionante Sala de Armas, los arcabuces, las espadas de copa y las espuelas de alarmantes espolones representan los dramáticos tiempos de la Conquista. ¿A cuál conquistador, Ojeda, Ovando, Esquivel, perteneció aquella espada en cuya hoja brilló el sol de nuestra Patria? El *Smithsonian* no se limita a maravillar al visitante; su labor es más activa: produce libros *dominicanos*, el mejor acerca de nuestra arqueología; el mejor acerca de las aves de la Isla.

En Washington, pues, nuestra acogedora Legación, donde brilla nuestro sol en la clara belleza y en la gracia de Matildita Pastoriza, no es el único refugio dominicano que nos consuela de las nostalgias del terruño. En los Archivos, Bibliotecas y Museos hay parte de nuestra amada tierra; esa porción de nuestro espíritu, dispersa y errante, que nos saluda en todos los caminos del mundo.

Tales son, rápidamente vistas, las principales cosas dominicanas que hay en la ciudad del Potomac. Y es mayor nuestro gozo al ver que en el baño de civilización que significa conocer esta ciudad maravillosa, también hay algo nuestro, de nuestra vida, de nuestra cultura, que apenas conocíamos y que aquí nos parece más grande y más valioso, como nos pareció más bella, junto a los árboles tropicales de la Unión Panamericana, la amada bandera de la cruz estremecida en el viento para saludar al visitante.

Recuerdos de Filadelfia

Impresor en Santo Domingo y Soldado en Yorktown

Llegar a Filadelfia, toda “llena de gloria de Franklin”, es admirar la rota campana de la Libertad celosamente guardada en el Independence Hall —donde se proclamó la independencia de los Estados Unidos— y pasear largamente por el Fairmont Park, uno de los más grandes del mundo.

Pero entre las maravillas de Filadelfia ninguna me causó la inesperada emoción de unos viejos papeles, en la *Historical Society of Pennsylvania*, porque en la inmensa urbe, fuera de la jubilosa hospitalidad de nuestro Consulado, ellos eran los únicos que mostraban en sí un reflejo de la patria distante, hermoso por sugestiva historia que enlazaba su nombre al de los Estados Unidos y al de Francia.

Esos papeles son dos cartas manuscritas del ignorado Andrés Joseph Blocquerst, primer impresor de Santo Domingo, de que haya noticia, del que apenas se sabía que era ciudadano francés y que su imprenta estaba al servicio del gobierno en tiempos del General Ferrand, por lo menos desde 1800.

En sus cartas, del 14 de noviembre de 1820 y del 20 de enero de 1821, escritas en Filadelfia, Blocquerst le hace interesantes revelaciones a su amigo el impresor y librero Mathiew Carey, de la misma ciudad: tiene ochenta años; está inválido y en pobreza extremada; le ha sido retirada la escasa pensión que cuatro piadosos desconocidos le ofrecían; y espera que la caridad llegue a su casa, marcada con el número 75, “Small Street, near 7th, between Cedar and Shipen Street”.

En su solicitud, Blocquerst habla de su vida: vino a la América, por primera vez, con el célebre Marqués de Lafayette, en calidad de voluntario, y siempre estuvo a su lado; peleó contra las tropas de Cornwallis y de Howe en la Batalla de Brandywine el 11 de septiembre de 1777, donde Lafayette fué gravemente herido en una pierna; en la batalla de Germantown el 4 de octubre; en la de Freehold, el 28 de junio de 1778, en la que Lafayette comandaba un destacamento; y en la memorable toma de Yorktown, el 19 de octubre de 1781 —coronación de la dilatada serie de acciones militares realizadas por el genio de Washington—, en la que fué herido en la pierna derecha por una bala de mosquete.

Después de acompañar a Lafayette en viajes y en otras actividades militares, pasó a la colonia francesa de Santo Domingo, con tropas de Francia que habían servido en la guerra de la independencia americana, y se estableció más tarde en la ciudad de Santo Domingo, donde tenía su imprenta y de donde salió cuando las tropas del Reconquistador Sánchez Ramírez la ocuparon, perdiendo entonces sus documentos personales.

Llegó a Filadelfia el 3 de noviembre de 1809 y allí trabajó como impresor hasta el año de 1818, en que la edad y los quebrantos, aumentados a causa de la herida recibida en el sitio de Yorktown, le imposibilitaron ganarse el sustento. También habla de otras cosas de menor importancia, y de sus crueles padecimientos.

Así, el humilde y desconocido Andrés Joseph Blocquerst toma nuevas proporciones, y aquel hombre que sólo era en nuestra historia un simple impresor extranjero, tiene ahora la alta calidad de compañero de Lafayette, y de héroe en aquella memorable batalla en que Washington venció a los ingleses.

Blocquerst, soldado de la libertad en Yorktown, impresor en Santo Domingo, hace pensar en José Núñez de Cáceres, prócer ausente de su patria, que se lleva su imprenta a Venezuela y que en ella imprime proclamas de Bolívar. En la vida, en la historia, los hechos se repiten y se confunden como si la gloria sólo se sustentara de sacrificios y de vicisitudes.

Bajo enorme nevada dejé a Filadelfia, sin hallar la humilde casa de Small Street, donde moriría este olvidado legionario de la libertad y del trabajo, de cuyos labios recogerían nuestros antepasados, en las veladas de la triste ciudad del Ozama, gloriosos y patéticos recuerdos de Washington y del Marqués de Lafayette.

Recuerdos de Mount Vernon

Basta asomarse a ese paraíso que es Mount Vernon, para comprender que quien lo escogió para hogar y sepultura había de ser un grande hombre.

Por allí pasaron reyes y magnates: Eduardo VII, Alberto I, Foch, Clemenceau. Por allí pasan en larga y secular romería los devotos de los héroes o de los bellos panoramas.

Entre altas colinas, sembradas de altos y centenarios olmos, está la vieja estancia de George Washington. El ancho y sereno Potomac junto a la casa solariega que llenaban el amor y la gracia de Martha Curtiss. Junto a la alcoba del "Padre de su Patria", la alcoba en que el Marqués de Lafayette recibía reverente hospedaje; y en un muro, solemne y grave, la histórica llave de la Bastilla.

Cuando Lafayette le envió a Washington las portentosas nuevas de la revolución francesa, juntamente con esa llave que era el más claro símbolo de la revolución, le pidió que la conservara como recuerdo de la libertad naciente, y le dijo estas palabras memorables: "Esa llave guardada por usted está en su justo lugar".

Frente a esa reliquia, las demás palidecen. Pero hay algo mucho más emocionante: en los viejos libros que tienen huellas de manos venerables; en los expresivos óleos de la mansión, severa y exquisitamente aristocrática; en las armas que aún conservan fulgores de Yorktown; en la vetusta carroza que parecería en espera del jovial auriga y cuyo lento rodar conocían desde lejos los vecinos de la comarca; en los jardines cubiertos por la flor de la nieve; en el lecho en que Washington le dijo adiós a sus conciudadanos; y en su modesta tumba de rojos ladrillos, al pie de una ladera, entre árboles, en lo más agreste del paisaje, hay esa soberana grandeza de la sencillez y de la austeridad, que es la suprema grandeza americana.

Mount Vernon es el mejor espejo de esa grandeza: allí está el espíritu de la gran nación; no en sus maravillas babilónicas.

* * *

Un día, en el año de 1751, George Washington salió del plácido Mount Vernon y vino a las Antillas Menores, vecinas de

Santo Domingo, en compañía de su hermano Lorenzo — que buscaba salud en el clima de las Barbadas.

El que más tarde sería “el primero en el corazón de sus conciudadanos”, escribió entonces, en su *Diario*, sus impresiones de las Antillas y el método de vida que se observaba en ellas. Pero jamás pensara que su Patria y la de la Isla, amada de Colón, que miraría con los ojos del espíritu entre las lejanas brumas ondeantes sobre el mar, se verían un día unidas en la más cruenta lucha de la historia.

Ni pensara jamás que llevaría su nombre, en esta misma Isla, en la más antigua ciudad del Nuevo Mundo, uno de los más bellos paseos de la América, digno de las riberas del Potomac y de los altos olmos de Mount Vernon.

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZZI